

# Cuando el pasado regresa

Alvaro Amaya



Image not found.

# Capítulo 1

## **Cuando el pasado regresa**

Cuentos de Estelí

- Anoche murió mi papá -, dijo la voz al teléfono y después del sobresalto por mi mente galoparon manadas de pensamientos. Tenía más de treinta años de no oír la voz de Rosario y Don Simeón su padre, era un hombre que me había distinguido con una peculiar y dispareja amistad entre un viejo y un joven y a quien verdaderamente aprecié desde que lo conocí.

- Antes de empezar su agonía pidió que te llamáramos, quería verte pero no sabíamos cómo localizarte – explicó Rosario para concluir, - Lo vamos a enterrar mañana por la tarde -.

- Allí estaré -, dije sin pensarlo.

- Te esperamos -, afirmó y cortó la llamada.

Eso había sido tan rápido que no me dio tiempo de expresar asombro ni condolencias. - ¿Cómo hizo para localizarme? -, se me ocurrió cuando puse en orden mis ideas.

Terminada mi secundaria en Estelí, fui a Managua a proseguir estudios y una oportunidad laboral me sacó prontamente de Nicaragua para llevarme a vivir a Guatemala en donde había desarrollado mi existencia. Después de veinte años de ausencia regresaba por primera vez para unas rápidas vacaciones y solo al día siguiente de mi estancia me encontraba con esta inusitada pero oportuna llamada. Un terremoto y una guerra civil habían assolado el país produciendo profundas dislocaciones, confrontaciones y el trastocamiento de la escala socioeconómica. Esperando que sus ondas ya estuvieran asentadas, había venido para recorrer lo más que pudiera del país para fijar su nueva realidad. Ir a Estelí era parte de mi objetivo que ahora debía adelantar.

La excelente carretera bien señalizada, mostraba la campiña abandonada y deteriorada por la deforestación y los pueblos de siempre, nutridos y desordenadamente abigarrados. Eso me dijo que el crecimiento poblacional duplicado desde mi partida se había concentrado en asentamientos urbanos. – La migración interna que inició el terremoto -, me susurró un viejo recuerdo.

Al mediodía, al entrar a Estelí, la moderna construcción no impidió que mi recuerdo viera las rústicas galeras de maderas pintadas de verde con techo de láminas, del Instituto Nacional inicial y que el entonces moderno edificio del Colegio de Las Monjas ahora lo viera envejecido y fuera de

época. Desde el Hospital Nacional torcí a la derecha para recorrer algunas cuadras hacia la carretera. No reconocí la vieja casa pero carros estacionados y el lazo de papel negro sujetado a la pared sobre el marco de la puerta de la calle, me dijeron que allí era el sepelio de Don Simeón. Cuando entré nadie me reconoció.

- Pase adelante, siéntese -, dijo una considerada señora de entre los pocos asistentes. No hice caso y me acerqué al féretro. Mi querido Don Simeón estaba allí con sus inconfundibles facciones, con las mismas arrugas que las cuatro décadas pasadas le habían profundizado pero por alguna razón no sentí pena, sentí alegría al ver la placidez de su muerte, especialmente porque era sobreviviente de quiebras económicas, revoluciones y terremotos y a pesar de eso, la vida le había permitido conservar la dignidad de su rostro y su serenidad de siempre. Su placidez mostraba que disfrutaba estar muerto y eso era coherente con su manera de vivir, en la que aceptaba lo que pasaba enfrentándolo con tranquilidad y seguridad, exentas de tristeza, tragedias o dramatismos. Siempre pareció alguien que sabía de qué se trataba todo y que por eso nada lo alteraba.

- Jamás entendí por qué te quiso tanto -, dijo la sombra que cubrió mis hombros con un cálido brazo.

No me volví. A Rosario no le había cambiado la voz y el suspiro que regresó me roció con un invisible y suave hálito de aroma de jazmín. Sonreí al constatar que había quedado adicta a ese perfume desde su juventud y eso me hizo creer que se había producido una leve sonrisa en el rostro de Don Simeón. - No chavalo, un padre no puede decir nada de eso al pretendiente de su propia hija -, me había dicho cuando le pregunté qué le regalaba a Rosario cuando cumplía dieciséis años, cuando yo ya le había contado que me gustaba y él sólo había sonreído. Sus carcajadas reventaron cuando le conté que una empleada de la farmacia Gámez me había recomendado un perfume que me había costado tres Córdoba. - Pues te va a matar con él porque eso ha de ser Lavanda, Bay Rum, Pachulí o Siete Machos -, me dijo, pero resultó que era de jazmín y que a Rosario le había gustado.

- ¿Te acordás que te dije que nunca sería tu novia si seguías siendo amigo de mi papá? -, me recordó suavemente Rosario mientras apretaba suavemente su brazo y proseguíamos observando el tranquilo rostro yacente.

- Hubiera sido como tener dos papás y ya con uno era suficiente -, dijo como en una reflexión y hasta entonces me volví para ver su rostro. Estaba un poco más gruesa, la piel había perdido tersura pero era la misma faz con una belleza acentuada por los años, con algo del señorío de su padre y algo más profundo en su mirada, que en la de la chavala de la que había estado torpe y fanáticamente enamorado durante dos años de

mi juventud.

- Estaba segura que vendrías -, dijo, - Y sigo celosa de tu predilección por mi papá -, agregó. Lo dijo sonriendo mientras suavemente me separaba del ataúd. - Si la muerta hubiera sido yo, no habrías venido -, dijo cargando sus palabras de sarcasmo. - Seguramente no has comido nada, me escaparé un rato para llevarte a almorzar -, se le ocurrió disponiéndose de inmediato a la acción.

Durante el frugal almuerzo en un restaurante cercano, atiborrado de plásticos chillones, de espejos decorados y de la invasión de los adornos sin vida con los que nos inunda la china moderna, me quedó viendo y me pidió,

- No hables por favor, quedáte quieto, sólo aguanta que te mire por un rato -.

Eso era algo nuevo. De joven ella no resistía ser mirada directamente, siempre se sonrojaba y apartaba su mirada. Creí que bromeaba pero su rostro mostraba una honesta seriedad.

- Te has cuidado o te quitaste los vicios a tiempo, no has sido glotón porque tu aspecto dice que te has portado bien, en lo material te ha ido bien pero tus ojos están tristes, ¿Qué te ha pasado? -, me preguntó con alguna calidez.

- ¿Y ahora sos adivinadora, tirás las cartas, o qué? -, pregunté a mí vez.

- Nunca a nadie le va bien en todo -, afirmó, - ¿Cuál ha sido tu lado de falla? -, quiso saber.

- Tú también seguís linda -, le dije molesto por su insistencia y ahora ella rió.

- ¡Seguís igual de quisquilloso! No te dejás tocar por dentro, ¿Verdad? -, me dijo y extendió su mano que posó sobre la mía y me sonrió como lo hacía antes.

- Antes de todo lo que viene con el entierro, te pido que te quedés aunque sea un día más para que hablemos, ¿Podés? -, me pidió más que preguntar y ante su confiada sonrisa que me recordó la conmoción de un montón de escalofríos y de juveniles erecciones, acepté.

A Don Simeón le hubiera gustado su sepelio. Todos estaban serenos y si había habido lágrimas, esas habían sido derramadas antes. Después de cerrar la fosa y al agradecer a los asistentes, Rosario dijo que sus hermanas que vivían en el exterior no habían podido asistir pero que Don Simeón estaría contento porque entre los presentes, estaba el hijo varón

que él hubiera querido tener, dijo mirándome fijamente. - ¡Idiota, Loca! ¡Fijada! -, pensé para mis adentros - ¡A quien jodidos le puede interesar oír eso! -, me dije molesto.

- Quería ser tu amante no tu hermano -, le dije con alguna brusquedad cuando caminábamos entre la gente que asistía al sepelio y me miró con una dura seriedad.

- Ojalá hubiera podido creer eso en aquel entonces -, me dijo.

- Lo que vos querías era ser mi papá, idiota -, me recriminó y se volvió para saludar a alguien.

- Lo enamoraste primero a él para llegar a mí -, me dijo y saludó a otro.

- Pendejo inseguro -, agregó cuándo sonreía el saludo para otra persona.

Me ofendieron sus últimas palabras, reduje la rapidez de mi paso pero ella me esperó, me tomó de un brazo y me forzó a acelerar la marcha de nuevo apretándolo con fuerza.

Eso no era cierto. Conocí a Don Simeón cuando llegó a comprar madera a nuestro aserradero. Le sorprendió que a mi edad manejara un tractor de orugas para jalar las trozas y que fuera el encargado de repartir la madera vendida con un pequeño camioncito. Llegaba con regularidad a hablar con mi padre, yo les hacía café y él no me dejaba ir porque le encantaba ver la relación que tenía con mi papá y que podíamos hablar de cualquier tema entre nosotros. Cuando en el Instituto conocí a Rosario y me llevó a su casa, Don Simeón me saludó sonriendo y nunca mencionamos que nos conocíamos porque era irrelevante. Cuando más tarde me di cuenta que era contraproducente ser su amigo para mi intención de ser su novio y se lo aclaré, Rosario nunca lo creyó.

Reí al darme cuenta la ridiculez de lo que en este momento ocurría, ¡Estar enojado por una idiotez juvenil que había pasado treinta años atrás!

- Rosario tiene razón -, me dije, - Soy un idiota -, y pensar eso me alegró y liberó por completo. Mi risa sorprendió a Rosario quien me quedó viendo confundida.

- ¿Te das cuenta?, ¡Y además, ahora sos loco! -, expresó y tomados del brazo reímos a pesar del evento fúnebre en el que nos encontrábamos y ante la mirada censora de algunos ortodoxos que estaban seguros que en un sepelio nadie debe reír.

Como parte final del rito fúnebre, la mayor parte de los asistentes llenaron la casa familiar donde fueron atendidos con bocadillos, café y tragos de licor, formando ruidosos corrillos entre nubes de humo de cigarrillos, en lo

que más parecía una divertida y alegre celebración de la muerte. A las nueve de la noche los mayores se retiraron y en la casa quedó una docena de parientes y amigos cercanos de la familia entre los que Rosario, un muchacho y dos preciosas jóvenes de unos veinticinco a treinta años ejercían de anfitriones. Me quedé en un sofá en una esquina y en un momento que Rosario me vio, le pedí licor. Me llevó un vaso y una botella que puse a resguardo de miradas, a nadie conocido descubrí entre los asistentes y después de unos cuatro tragos, el cansancio del día y el relajamiento del alcohol me vencieron por completo.

Desperté sofocado por el pesado y mezclado olor de diferentes flores porque entre sillas dispersas había arreglos y coronas que llegaron tardíamente y el sueño me abandonó. A las tres de la mañana y sentado en la penumbra de su casa, me fue imposible evadir recordar a Don Simeón platicando con mi también fallecido papá en la oficina del aserradero. Recordé esos años llenos de inseguridad, de descubrimientos, de esperanzas, alegrías, brillo y luz de mi juventud en Estelí y de mi pertinaz enamoramiento por Rosario a quien perseguí sin lograr arrancarle siquiera un beso. Caí en la cuenta que las dos jóvenes que atendieron a los asistentes debían ser sus hijas, que no me las había presentado y que entre los concurrentes tampoco había descubierto a nadie que pareciera marido o pareja suya.

En las últimas visitas de las que fui testigo, Don Simeón le había contado a mi papá de su proyecto para construir casas y ambos se habían puesto a rayar diseños y a pergeñar cálculos de costos y de las maderas necesarias para su construcción. Le contó que la solicitud del préstamo al banco por una cifra elevada había sido aprobada y que recibiría el dinero en unos meses más. En eso habían consumido enormes cantidades de café, de bromas y risas, robándole horas al descanso nocturno. Una de esas noches Don Simeón llevó una maleta de tela con asas y cuando la abrió, estaba llena de billetes.

– El préstamo aun no me lo entregan, pero para que vaya haciendo lo necesario para que en Cusmapa contrate el corte de la madera que necesitaremos, le traigo este anticipo -, dijo a mi papá.

– No, lléveselo, no me voy a responsabilizar por algo que no se puede concretar todavía -, le había respondido mi viejo, fiel a sus principios.

Manejar negocios en efectivo no era extraño en esa época de pocos bancos y poco hábito rural de utilizarlos pero me impresionó porque nunca había visto tantos billetes juntos. La discusión se prolongó, mi papá se negó a guardarlo hasta el inicio de los trabajos y Don Simeón regresó contrariado con su maleta de billetes. Rememoré lo simple de esos acuerdos sin contratos de esa época, en los que privaba la confianza y en la que los éstos se rubricaban con un apretón de manos. Pero eso me hizo darme cuenta que finalmente, la amistad y la confianza de Don Simeón

con mi padre, había sido de muchísimo mayor grado con él que conmigo, como Rosario siempre lo creyó, pero también recordé su compungido y empedrado silencio, su rostro inexpresivo y sus grandes ojos entristecidos cuando me despedí de ella para nunca volver.

Desayunando bajo el árbol de mango en el jardín de la casa, Rosario me dijo, - Tengo una habitación para vos -,

- Gracias pero no me quedaré aquí -, le dije declinando su invitación.

- ¿Cómo encontraste mi número de teléfono? -, le pregunté.

- Mi ex esposo me llamó hace dos días y él me lo proporcionó -, contestó.

- ¿Quién es él y cómo lo obtuvo? -, volví a preguntar.

- Orlando Tijerino ¿No te acordás de él? -, preguntó y le dije que no. - Tal vez por su trabajo en el gobierno -, completó pensando.

- ¿Estuvo aquí anoche? -, pregunté.

- Já, Mi papá siempre lo odió y eso era recíproco -, me contó.

- ¡Ajá!, Ahora entiendo por qué lo amaste -, le dije bromeando, - ¿Pero por qué lo odiaba tu papá? -, le pregunté.

- Seguramente porque no eras vos -, dijo exagerando el sarcasmo con una sonrisa.

Cerca del parque me alojé en uno de los pequeños hostales que el turismo había proliferado y cámara en mano recorrí el centro de Estelí. Los bombardeos habían borrado muchos edificios icónicos de mi época de estudiante y fotografiaba los nuevos con la intención de tener algún día en mis manos las de los originales destruidos. Por guardar una tarjeta de almacenamiento de la cámara, saqué mi teléfono y vi que había quedado apagado y recordé que me había comprometido almorzar al mediodía con Rosario. Eran las tres de la tarde. La llamé, me disculpé y fui por mi carro. Le pedí que eligiera un restaurante alejado donde no hubiera ruidos y fuimos a un rústico rancho pajizo con ladrillos de barro y sin paredes en las afueras de la ciudad. Estábamos solos, pedimos carne a las brasas que regamos con cervezas y a la hora del café, ineludiblemente nos sepultamos en los recuerdos.

- Cuando murió mi madre tenía doce años, mi papá como en una absurda paranoia, me repetía que la casa debía proseguir como si ella no hubiera muerto. Cuando me di cuenta, ya la había sustituido en los quehaceres y la administración y por obedecer en todo a mi papá, me convertí en el azote de mis hermanas y por eso no vinieron -, me confió con un

reminiscente dolor.

- No me preguntés por qué pero me dejé llevar. Estaba llena de las tonteras con las que crecí, que el amor por mi madre, que la familia no se debe dispersar, que el respeto por mi papá, pero también por darme cuenta que sin él decirlo, mi papá sufría por haber quedado dolorosamente aferrado a mi madre y por algo que me hizo mucho, mucho daño y que me costó advertir: Que por ser la mayor debía jugar ese papel porque era mi obligación, olvidando mi propia vida -, me decía con sus grandotes ojos fijos en mí.

- Cuando vos apareciste ya estaba al borde de reventar en alaridos y vi en vos la oportunidad de huir de eso, pero conociendo la capacidad de control que mi papá tuvo sobre mí, supe que te había elegido para que le viviéramos su vida, estaba segura que te había atrapado -, me afirmó.

Quedó callada mirando hacia la montaña del Quiabuc de la que bajaban ráfagas de viento fresco que ya no traían el nostálgico aroma de los pinos.

- ¿Me hablaste de esto alguna vez? -, le pregunté después.

- En ese tiempo no entendía lo que me pasaba y estoy segura que a esa edad vos tampoco lo hubieras comprendido -, me dijo y quedó seria viendo hacia la montaña como si quisiera descubrirle algo que nunca le hubiera visto. De repente lanzó una carcajada.

- ¡De la que te salvaste! -, me dijo y me contagió con su risa alborotada.

- Pero ¿y yo?, ¿Me quisiste? -, le pregunté,

- Por supuesto que sí idiota pero era mayor mi miedo de seguir aprisionada -, afirmó.

- ¿Y todo eso ya pasó? -, le pregunté,

- No -, dijo vivamente de inmediato, - Vivo las consecuencias de haber elegido - y me miró desde el fondo de sus ojos y a continuación me contó,

- Por huir de mi papá me casé con alguien que satisfacía mi necesidad de huir de él, al extremo de no darme cuenta que Orlando lo odiaba casi febrilmente y cuando emergió la verdad, que mi motivo no había sido el amor, ya te imaginás el desastre -, me dijo.

- ¿Las dos jóvenes que te ayudaba anoche son tus hijas verdad? -, le



pregunté.

- Sí -, me dijo - Espero no haberles trasladado mis más feos resentimientos, ¿Qué es el cuadro verde bajo la penumbra de la catedral? -, me preguntó a continuación y eso me hizo reír.

- Uno puede cambiar una conversación sin necesidad de decir pendejadas -, le dije riéndome.

- Es que cuando mi papá agonizaba y preguntaba por vos, repitió eso varias veces ¿A vos no te dice nada? -, me preguntó y cuando le dije que no, dijo que tal vez había sido alguna idea suelta que el cerebro había dejado caer sobre su agonía.

Al día siguiente salí temprano para el norte sin objetivo definido. Lo que Rosario me había contado revoloteaba en mi cabeza. Me hizo recordar mi odio contra mi papá en mi adolescencia porque él no aceptaba nada de lo que yo decía o quería y que los viejos de esa generación arriesgaban la relación con sus hijos con tal de hacer prevalecer lo que consideraban bueno, correcto y adecuado para ellos y que en eso eran terriblemente inflexibles. Conducía y mi mente no cejaba de recordar. Vi esos días en los que estábamos haciendo a un lado la música romántica de tríos y boleros, en los que aún vivíamos los efectos del reciente apareamiento de la píldora anticonceptiva que nos quitó los miedos propiciando el amor libre, en los que bailábamos rockn and roll, en los que habíamos llegado a la luna, en los que oíamos y leíamos sobre los deshumanizados horrores de la guerra de Viet Nam en los que se usaban armas prohibidas con su ola mundial de protestas y en los que vivíamos el movimiento hippie con su consumo de drogas. Los días de los hot pants y la minifalda de las mujeres que atarantaban nuestras hormonas y en los que creíamos que todo eso nos había puesto al frente del mundo y que los jóvenes estábamos arriba. Era cuando James Dean con su Rebelde Sin Causa era el epítome de nuestras sinrazones para no estar de acuerdo con nada y consecuentemente, eso hacía confrontativas nuestras relaciones con nuestros padres. La dureza de la educación convencional contrastando con las ansias de liberarnos, convirtió a muchos de nosotros en rebeldes pasivos que atrapados en la tradición, aceptábamos sin chistar lo que nos pedían hacer, pero para hacer a escondidas lo que nos prohibían. Recordé que el choque de ser la generación urbana que quería desligarse de su origen cercanamente campesino para asumir otros roles diferentes, era lo más evidente en nuestro específico y Esteliano caso.

- No, Don Simeón no era ese hombre feo y esclavizador que me mostró Rosario. Él solamente era un hombre íntegro y recto que solo sabía amar a su espartana, cerrada y ciertamente tosca manera -, me dije. Y mientras conducía, reía pensando en lo que la sincera Rosario me diría si

supiera de mis pensamientos.

Cerca de la intersección hacia Ocotál, un rótulo me advirtió de la casita en donde se hacen las originales rosquillas de la zona, compré una bolsa para el camino y me decidí entrar a Somoto pero solo hacerlo me hizo proseguir para San José de Cusmapa, porque recordé que allí comprábamos la madera en pie para el aserradero y porque durante un año estuve de voluntario con el sacerdote José María Fabretto para apoyarlo en el inicio de un instituto de secundaria que su hospicio necesitaba. Sergio Salinas director de la escuela local fue mi compañero de este intento de Instituto de Secundaria, del que no supe si sobrevivió a todo lo ocurrido.

Al entrar al pueblo me di cuenta que aún existía la vieja casa de Don Secundino y me agradó saber que el casi consumido nonagenario sentado en la sala de la modesta casa era él. Cuando le dije quién era tardó un par de minutos para que mostrara una sonrisa de un solo par de dientes y que con ojos entrecerrados mencionara el nombre de mi papá.

- Si -, dijo. - El señor a quien le vendía la madera -, le repitió a su recuerdo. - Ustedes vivió aquí en mi casa, usted era el profesor -, afirmó después con una ronca y débil voz.

- Sofía -, llamó, levantando una temblorosa mano. - Traéme los libros -, pidió. - ¿Ya vio que ahora ya no tenemos nada, que ya no hay montaña? ¿Que ya no hay pinos? ¿Ya se dio cuenta que ni siquiera el frío nos quedó? -, me decía mientras cumplían su orden.

- Usted me dijo que las montañas serían para siempre -, me acusó, como si yo lo hubiera dicho como una mentira. - Y cuando me lo dijo me trajo estos libros porque usted me juraba que las selvas eran invencibles -, me recordó y puso en mis manos dos manoseados tomos forrados de plásticos. Uno era La Vorágine de José Eustasio Rivera y el otro El Mundo del Misterio Verde de Virgilio Rodríguez Macal. Amarillentos y con las hojas quebradizas, al levantar la tapa vi mi letra y mi firma con un texto de regalo. No había nada que decir. Lo que dijo sólo confirmaba lo que por el camino había tristemente constatado y que él y nosotros habíamos contribuido a que ocurriera, con lo que siempre creímos nuestro honesto trabajo.

No dijo nada mientras los hojeaba y cuando yo más que todo trataba de recordar. Don Secundino señaló un inexistente lugar de la casa,

- ¿Se acuerda qué alegres las cenas con el Padre Fabretto? -, me preguntó saliéndose del tema.- Una vez usted pidió avena y él se burló de usted diciendo que en Italia era comida para caballos, ¿se acuerda? -, me dijo frunciendo su boca desdentada y sus ojillos lagrimearon al reír. - Y cuando él pidió guineos fritos, usted le dijo que aquí esos eran para los

chanchos, ¿se acuerda, se acuerda? -, pudo preguntar antes de prorrumpir una risa convulsa que se le revolvió con una tos irrefrenable, que provocó la prohibición que no hablara más y que se lo llevaran de inmediato a su cama.

Salí a caminar a un pueblo desconocido que no me decía nada del pasado, pero por supuesto, que recordé las noches en las que el trabajo me obligaba a dormir en la montaña a frío descubierto y sobre la húmeda alfombra de agujas del bosque de pinos. Desde el suelo miraba cómo en la altura, acompasadas batían las copas brillantadas por la luna y recordaba el fino silbido del aire al colarse entre sus agujas y que me había hecho escribir, "Noches tropicales de mis montañas con nubarrones sobre la luna, viento que se planta y chilla sobre las copas plateadas de los pinos. El viento que canta te cuenta al oído toditas las coplas de tiempos ya idos, coplas de peregrinos, las copas de los pinos". Y también recordé esta aldea sin luz pública, azotada y agobiada por los vientos fríos y las neblinas espesas, recordé esas cenas de encierros en la pródiga mesa de Don Secundino en donde mi calor era el de todos nuestros cuerpos apretujados alrededor de la mesa y que nos sentíamos unidos y abrazados por la llama del candil de kerosene que pintaba danzantes pinceladas rojizas y doradas en nuestros rostros, mientras afuera el viento ululaba silbidos siniestros en ráfagas incansables que se repetían por toda la noche. Recordé la torre de barro de dos pisos que funcionaba como torre de control para el campo de aterrizajes de avionetas en el centro del pueblo, construida para la guerra de los americanos contra Sandino, que con Sergio convertimos en aulas de clases de secundaria y de repente también recordé otra cosa. Recordé que en uno de esos libros figuraba la frase "la penumbra bajo la catedral".

Estaba seguro.

Regresé de inmediato a la casa de Don Secundino en donde Sofía me esperaba en la puerta con los libros en la mano. - Dice Don Secundino que se los lleve porque cuando él se muera, nadie más va a volver a leer en esta casa -, me dijo -, y me los entregó. Con lo que dijo estuve seguro que aquí sólo estos habían sido leídos en las últimas décadas. Ahora estaba enganchado.

¿Qué me diría ese texto? ¿Por qué Don Simeón diría eso a Rosario? ¿Qué tenía que ver mi venida con esa frase? ¿O con su muerte? De regreso, al llegar a una aldea del camino, vi un espacio que se abría hacia el precipicio que a lo lejos mostraba montañas deforestadas y adecuadas para el ganado y no me aguanté más, detuve el carro a la orilla del vacío, abrí la bolsa de rosquillas y empecé a pasar hojas tratando de localizar la frase. El dorado sol que a más encenderse se perdía, impidió que prosiguiera la lectura y reemprendí el camino hacia Estelí. Llegué al hostel a las diez de la noche y a las tres de la mañana había leído que en los dos libros la frase no era más que una metáfora para describir la sombra

oscura bajo la elevada comba vegetal de las selvas del Petén en Guatemala y de la amazonia Colombiana entre el Guaviare y el Rio Negro en el Caquetá, que no tenían nada que envidiar a las opulentas y pletóricas selvas de la costa Atlántica de Nicaragua, que ahora ignoro si siguen existiendo.

A la mañana en el desayuno era el único en el comedor del hostel. En el tercer año de secundaria me había emocionado con estos dos libros, al punto que aun puedo recitar de memoria el inicio el texto de La Vorágine y seguramente hablé de ellos a todo el mundo, como hacía cuando me entusiasmaba con alguno. Mi papá tuvo que ser el primero porque todo su tiempo libre era para la lectura y estuve seguro que Don Simeón debió ver los libros sobre la mesa de trabajo de mi papá.

- ¿Dónde estuviste ayer? -, preguntó Rosario cuando la llamé.

- ¿Tu papá compraba libros? -, le pregunté después de contarle.

- Vos le regalaste dos y creo que esos han de haber sido los únicos que leyó -, dijo. - ¡Ah, puerco cochino! -, me dijo recordando, - Lo hiciste leer el Decamerón -, me regañó, - Todos lo demás son nuestro textos de estudio que aún conservamos -, me dijo. - ¿Querés verlos? -, me preguntó. Cuando llegué Rosario me llevó a un cuarto cerrado, lo abrió, recorrió las gruesas y sobrias cortinas y en él penetró poca luz del sol y encendió un bombillo eléctrico. En el olor a humedad y encierro se percibía el deterioro triste que las cosas inician cuando dejan de compartir el espíritu de quien las cuida o cuando saben que éste ha muerto. Al centro estaba un viejo escritorio de pino con una silla giratoria de madera y cajones con jaladores rústicos hechos por herreros locales y cuando mi vista se acostumbró, vi la librera adosada a toda la pared.

- No me siento preparada todavía para meter mano entre todo esto -, dijo Rosario. - Todo está como él lo dejó. Buscálos, por allí deben estar -, me dijo señalando la librera y me abandonó en la habitación.

Limpié con la mano el polvo de la silla y la arrastré para sentarme frente a la librera y empecé a revisar libro por libro. Cada división tenía tres filas al fondo. Sonreí con el Silabario Catón y con el Silabario Mantilla, con la Aritmética y el Álgebra de Baldor, con los cuadernos Spencer para practicar letra de carta y tener buena letra, con una Historia Sagrada llena de láminas reproducidas con placas de metal, con el libro de Moral, Urbanidad y Civismo y una Gramática de Cermeño, todos libros de textos en los años sesentas. Había una gran cantidad de Selecciones del Reader 's Digest, de National Geographic, más de cien Almanagues de Bristol y una buena colección de Bueno para Todos, un almanaque popular que detallaba lluvias, fase de la luna y consejos para agricultura y ganadería, en el que se describía cómo curar chaquirrias, colmoyotes y gusaneras con creolina Pearson y los diferentes usos caseros y

medicinales del Agua Oxigenada. Todos con publicidad de Cola Shaler, del Agua Florida Murray de Lahman & Kemp, pastillas de Mejoral y Divina, cursos de Tensión dinámica de Charles Atlas, Desodorante Lander, anuncios de Los Rosacruz, de las Lociones Shulton, de la Emulsion de Scott, de la Esencia Coronada y del Jabon Lifebuoy, de los que no se podía conocer colores porque todo era en blanco y negro. No me sentí solo y al volverme, vi a la sonriente Rosario quieta bajo el dintel de la puerta.

- Siempre fuiste necio cuando algo se te metía entre teja y teja -, me dijo, - Solo conmigo abandonaste, cochón -, agregó riéndose y también reí con esa olvidada palabra que seguramente nos quedó del francés y que al igual aplicábamos a un homosexual que a un cobarde, a un miedoso o a alguien de flojas convicciones.

- Vení a almorzar y después proseguí hasta cuando querrás, la comida está servida -, me dijo, obligándome a suspender mi búsqueda. Nos sentamos a la mesa con sus hijas que esta tarde regresarían a Managua. Elena la menor era sorprendentemente parecida a Rosario cuando ésta tenía diecisiete años y sin darme cuenta la quedé viendo con insistencia hasta ponerla nerviosa.

- ¿Qué me ve? -, preguntó con una sonrisa insegura.

- ¿Verdad que sí? -, me preguntó solamente Rosario.

- Bruja -, le dije, - Me leíste la mente -, y nos reímos y después explicamos el motivo de nuestra risa. Lucía la mayor estaba casada y tenía un hijo y Elena terminaría este mismo año la universidad. Rosario les había contado que habíamos sido novios y lo habían tomado con exagerada diversión para mi agrado. No contesté preguntas que no consideré necesario responder y eso las divirtió todavía más. Terminé rápido, me disculpé y me despedí de ellas.

Decidí empezar de abajo hacia arriba y no pasó más de una hora cuando descubrí los dos tomos y me palpitó el corazón porque eran los míos, los que yo había comprado en la Librería Argeñal. Los dos tenían mi firma cruzada sobre la tapa porque nos robábamos los libros entre nosotros, pero mi sorpresa fue porque estaba seguro que éstos eran los que tenía en mi casa en Guatemala. ¿Por qué Don Simeón los tenía aquí? me pregunté sorprendido. Me senté en su escritorio y empecé a hojearlos. En el borde de la hoja de La Vorágine en donde estaba la frase, "la penumbra de la catedral", Don Simeón la había reescrito al margen con su puño y letra, antecedida por un cuadrado que había dibujado y no había en el resto del libro más que varios separadores de diferentes tipos colores que revisé detenidamente. Eran las siete de noche cuando Rosario llegó a sacarme de allí. Sobre la mesa bajo el árbol de mango tenía una botella

de vino, queso, galletas y jamón.

- ¿Buscás algo en especial o solo querés rescatarlos? -, me preguntó señalando los libros y por alguna razón le mentí diciéndole que sí, inventando algo sobre ediciones especiales. Después me tuve que someter a las preguntas personales.

- ¿Soltero? -,

- Si -,

- ¿Pero estuviste casado? -,

-, Si -,

- ¿Y por qué estás solo? - ,

-, Por pereza -,

- ¿Cómo así?, ¿No buscás?-,

-, No -,

- ¿Por qué? -,

- No sé, desidia tal vez -,

- ¿Te fue mal? -,

- No -,

- ¿Entonces? -,

- ¿No me querés hablar de eso? -,

- No, hoy no -,

- ¡Ah! Comprendo -, dijo con ojos de inteligencia, - Eso es porque te fue de la patada, ¿verdad jodido? - me dijo y sonreí porque me agradaba su interés pero sobre todo por poder verla a mis anchas de nuevo. Y entonces fue mi turno.

- ¿Quien compró la finca de tu papá? -, le pregunté.

- No la vendió -, me dijo, - De ella vivo. Un administrador vive allí con su familia -, me contó.

- Y ahora en serio, ¿Por qué Don Simeón odiaba a tu ex? -,

- Fui estúpida, mi papá se dio cuenta que Orlando no me quería como yo a él, me lo dijo, pero en eso a él no le iba a hacer caso. Orlando empezó a tomar licor más de lo prudente y se volvió violento, logré darme cuenta de su poca atención con sus hijas y una vez mi papá lo encontró tratando de abrir la caja fuerte que viste en su oficina y le prohibió volver a esta casa. La suma de todos esos asuntos provocaron nuestra ruptura -, me dijo.

- No me hubieras imaginado enfrentando a mi papá -, me dijo después enorgulleciéndose con expresión triunfal, - Por fin pude quejarme de todo lo que había vivido con él y le puse condiciones para regresar, los dos nos vaciamos en llanto y aquí me tenés -, dijo finalmente y sorbió un poco de vino.

- Entonces vos casada y ahora sola, no buscás a nadie por pereza o por desidia y hoy no querés hablar de eso porque te fue de la patada, ¿verdad jodida? -, le dije haciendo resumen de lo que me había preguntado antes y cuando se dio cuenta reímos divertidos.

- No se te ha quitado lo jodedor -, me dijo.

Al despedirme volvió a pedir que me quedara unos días más, le prometí que así lo haría y en la puerta su beso en mi mejilla duró un poco más de lo normal.

- Don Andrés -, me dijo la dueña del hostel, - Perdone pero me parece sospechoso ese carro negro que venía detrás de usted. No se confíe, Estelí ya no es el mismo que usted dejó -. Aquí y en Guatemala la gente repite los mismos temores y no le hice caso, si en algún lugar del mundo me siento en seguridad, es aquí, me dije a mí mismo. Ya en mi cama me di cuenta que las cosas se cruzaban complicándose. ¿Por qué este Orlando conoce mi número de teléfono? ¿Por qué se interesó en que Rosario me hiciera venir a Estelí? ¿Qué quería de la caja fuerte de Don Simeón? ¿Por qué estos libros quedaron con él? Estaba seguro que Don Simeón le había afirmado a mi papá que le habían concedido el préstamo y era seguro que había perdido la finca porque la hipoteca quedó en el banco que desapareció incendiado en la revolución y aunque quisiera devolver el préstamo, no podría hacerlo ni reclamar nada al nuevo gobierno. Ahora legalmente la finca era de Rosario...pero las preguntas con las que me dormí fueron ¿Y a vos qué putas te importa? ¿O estás de idiota otra vez y quien te está importando es Rosario?

Temprano de la mañana llamé a mi casa en Guatemala y pedí que me buscaran esos libros hasta que me dieron la información que quería saber. Los libros no tenían mi firma cruzada sobre la tapa, lo que confirmaba que los originalmente comprados por mi eran los que tenía conmigo. Me leyeron una dedicatoria de regalo para mí firmada por Don Simeón con la



fecha de mi salida de Estelí y allí comprendí que él me había repuesto los que le había prestado, pero más me emocionó saber que en La Vorágine había un sobre verde. - ¡Cuadro verde bajo la penumbra de la catedral! -, me dije de inmediato, - ¡Esto era lo que quería que descubriera! -, ¿Pero por qué tanto misterio en un hombre tan sencillo y tan llano?

- ¿Qué hay en el sobre? -, pregunté,

- Solo un papel viejo -, me dijeron,

-, ¿Y qué dice? -, volví a preguntar,

- No dice nada. Solo hay números -,

- ¿Números? -,

- Sí, sin letras -,

- ¿Qué números son? -,

- Ninguno en especial, solo un chorro de números -.

Di las gracias, pedí que lo guardaran y colgué. Volví a quedar en blanco y sentí que me habían bajado del caballo. Decidí que aquí había terminado la curiosidad que Don Simeón, desde donde ahora se encontrara me había provocado y no tuve más que reírme de mi peliculera imaginación. Decidí retomar mi proyecto original y preparé mi maleta pero me acordé de mi promesa a Rosario, la tiré cerrada sobre la cama y salí a buscarla de inmediato.

- Veníte conmigo -, le dije,

- ¿Para dónde? -, me preguntó,

- Que no te importe -, le pedí, - Vamos hoy porque me largo mañana -, le dije.

Vestía viejos pantalones de lona con una blanca blusa de algodón y no lo pensó, entró y salió rápido con un sombrero en la mano. Pasamos por un supermercado a comprar vino y algo de comer y enfilamos hacia el Salto de la Estanzuela, pero un impulso loco me hizo decidir que prosiguiéramos hacia San Nicolás ante la sorpresa de Rosario.

Al llegar a La Laguna vino a mi mente la vez que mi papá siendo yo niño, me había dejado en Santa Cruz en la casa de Doña Eudocia Lanuza, adonde me había llegado a buscar mi tío Antonio Lanuza, esposo de mi tía Ana Julia hermana de mi padre, para llevarme a caballo a San Nicolás porque no existía carretera. Esa vez al llegar aquí era de noche, aterido de



frío y empapado bajo la pertinaz llovizna y los gruesos y helados goteos de los pinos, mi tío arrimó su caballo a una choza, dijo algo y una mano había salido de debajo del techo de palmas con un vaso de licor para cada uno. Cuando me ahogaba volvió a hablar y nos pasaron dos vasos de café caliente para que el licor desapareciera del gaznate. Aguanté ese quemante castigo porque los hombres no lloran, porque no quería que supiera que era la primera vez que tomaba licor y porque quería demostrarle a mi tío que los niños de la ciudad no éramos unos pendejos debiluchos.

Al avanzar sobre la excelente carretera, abajo vimos a San Nicolás que ya no era la aldea de una sola calle de tierra que vi la última vez. Tal vez poca gente sepa que su nombre original era San Nicolás de Cantarranas y que durante muchos años no perteneció a ningún departamento, debido a un litigio municipal por su posesión entre León y Estelí. Unos de los primeros en llegar allí fue Don Elías Lanuza padre de mi tío, quien lo colonizó al modo de entonces, con bastantes hijos que allí se quedaron a vivir. Mis mejores vacaciones y las de mis hermanos era ir a San Nicolás, en donde ir a sacar las vacas del potrero, participar de ordeños, cortes de leñas, donde todas esas actividades de la vida del campo eran una aventura y bajo la férrea y rigurosa autoridad de mi tía a quien le decíamos Tía Julianita, quien por la noche se convertía en una dulce y amorosa matrona rodeada de sus once hijos y nosotros, para contarnos historias, sacarle arpegios a su guitarra o para cantarnos su canción preferida que se llamaba Los Arrayanes y que me enseñó a acompañar con otra guitarra.

Rosario estaba sorprendida porque desconocía mis nexos con San Nicolás. A nuestra llegada mis primas se alborotaron, nos atragantamos a preguntas, me presentaron los hijos que no había conocido, me hablaron de los que había migrado y todas creyeron que Rosario era mi mujer. Ante la imposibilidad de convencerlas dejamos las cosas así. Se apropiaron de ella, la metieron a la cocina y al rato oía sus carcajadas mientras cocinaban y mientras yo abría la botella de vino para compartir con todos. Brindé con licor con sus esposos y a las tres de la tarde estábamos almorzando.

A veces se dan momentos dentro del momento que algunos no logramos completamente aprehender. Mientras la conversación discurría como un sordo chisporroteo que flotaba en otra dimensión, yo me escapa de ella para recordar que con Elías mi contemporáneo primo preferido, salíamos con una recua de caballos a comprar frijoles o maíz a los alrededores, que mi tío nos ponía pistolas al cinto para que nos tuvieran respeto, mientras nos llenaba de recomendaciones y que mientras avanzábamos por los senderos hablábamos de cualquier babosada mientras los autocráticos caballos tomaba por donde ellos sabían. Un codazo de Rosario.

- ¡Que te están preguntando! -, decía.

- Ahi Perdón, ¿Que qué? -,

- Que no se van a regresar hoy. Ya les tenemos preparada su habitación para que se queden -. Volví a ver a Rosario quien ya estaba achispada por los tragos tomados, ella sólo se encogió de hombros y no tuve más que confirmar.

Salimos a caminar por la calle y sorpresivamente Rosario me tomó de la mano.

- ¡Atrevida! ¿Y vos qué? -, le dije.

- ¿Y qué, no soy tu mujer pues? -, dijo riendo por la broma que se desarrollaba.

Al llegar a la nueva iglesia, le conté de la vez que llegamos en medio de una fiesta comunal y nos pusieron a dormir en la antigua Ermita de barro y que no podía dormir porque a la luz de las velas que nos alumbraban, las rústicas caras de las imágenes de maderas pintadas, me miraban con ojos malévolos porque parecían más facinerosos y asesinos que santos de la católica iglesia. Un ruido de tambores me había aterrorizado a la medianoche y me levanté dando gritos hasta que descubrimos que se trataba de una gran rata que azotaba su larga cola entre dos biombos de papel.

- ¿No pensás amar de nuevo? -, me preguntó Rosario sacándome de las remembranzas.

- No de ese modo, eso no se piensa, es algo que se da o no -, le dije.

- Yo sí creo que podría tener algo de amor para el último período de mi vida -, me confió y no supe qué decir.

- ¿Por qué después de tanto tiempo no lo has buscado? -, le pregunté y ella se quedó en silencio.

- Miedo -, dijo lacónicamente al rato.

Regresamos a la casa, la cena estaba lista y ahora me tocó a mí informarles sobre lo sucedido a mis parientes que ellos habían dejado de ver porque todos como en una hemorragia, habían emigrado hacia el norte y a las diez, ya no había de qué hablar y nos levantamos para acostarnos.

- ¿Dónde me pondrás a dormir? -, le pregunté a una de ellas. Ella tomó a Rosario del brazo,- Vení, aquí -, me dijo y abrió la puerta de una

habitación con una sola cama y ahora quien rió fui yo y Rosario la que quedó apagada.

- Gracias -, le dije a mi prima, tomé del brazo a Rosario, la empujé dentro de la habitación y cerré la puerta.

- ¿Y esto? -, preguntó abriendo los ojos.

- ¿Y qué, no sos mi mujer pues? -, le pregunté a mi vez.

- Pero esto es una broma -, me recordó seriamente,

- Lo era -, le dije, - Pero ahora ya no -, le contesté y ante su risa nerviosa, la tranquilicé. - Platiquemos -, le dije y me acosté vestido sobre la cama y al rato ella lo hizo también.

Le conté que sabía que su padre había hecho un préstamo a un banco y que la finca fue hipotecada porque había sido la garantía y ella me dijo que no había sido así. Me contó que unos diez años después de la revolución y debido a los incendios, su padre había reconstruido la escritura de propiedad y que la había puesto a su nombre porque sus hermanas le habían asegurado que no regresarían. Nunca supo nada de ese préstamo pero me contó que hacía años, a su padre lo habían secuestrado por corto tiempo y le habían preguntado por el dinero que había sacado del banco y que ellos siempre creyeron que eso había sucedido por error, porque seguramente buscaban a otra persona que no era él.

- Quitáte la ropa -, le dije,

- ¿Estás loco? -, me dijo.

- Te puedo obligar porque sos mi mujer -, le dije y ante su intento de huir, me reí. Cuando se acostó de nuevo puso una almohada entre los dos, tomó y entrelazó su mano con la mía y las dejó descansar sobre la almohada que nos separaba.

- ¿Y si lo intentáramos? -, me preguntó,

- Sería como casarte porque querés huir de casa -, le dije. - Y ya sabés que eso no funciona. Lo que vi en vos aquella vez tal vez ya no logre descubrirlo de nuevo y te pasará lo mismo conmigo. La vida nos cambia y a veces dejamos de ser los que éramos -, le dije.

- Tenés papel y lápiz? -, me preguntó.

Se los di, escribió y me dio la hoja en la que para mi sorpresa había

escrito: **¿1´33-,1141´18?** (¿Me amás?)

- ¡Por Dios! ¡Todavía lo recordás! -, le dije encantado de saber que aún manejaba la clave numérica de mis tontas invenciones juveniles.

- Contestáme -, me dijo regresándome lápiz y papel y cuando ya escribía, me acordé del papel en el sobre verde en Guatemala e impulsivamente escribí: **¡´14´15!** (¡No!) y quedé sentado en la cama.

- ¡Hombre, qué radical, sólo es una broma! ¿Qué te pasa? -, me preguntó. También se sentó y me acarició la espalda para calmarme.

- ¡Es que el juego sigue! -, se me salió sin querer.

- ¿Cuál juego? -, preguntó.

Inmediatamente me recompuse, - El de nuestro matrimonio -, dije y la empujé hacia atrás y quise besar su boca.

Ella me rechazó, - Esperá, tenés razón, esto es poco a poco -, me dijo respirando entrecortadamente.

- Guardo los papelitos que nos dábamos en el instituto -, me confesó cuando se apaciguó su respirar.

- Tu papá sabía lo que decían los papelitos -, le confesé a mi vez,

- ¿Que qué? ¿Le contabas lo que me decías? ¡Bruto! ¡Eso era solo para nosotros! -, me increpó.

- Él los tenía casi todos por que vos los perdías -, le conté, - Y sabía que eran míos -, le confirmé.

- ¿Y qué pasó? -, me preguntó con un tono contenidamente agresivo.

- Le di la clave -, le dije.

- ¡O ya eras mula o estabas de acuerdo con él! ¿Verdad? ¡Lo sabía, lo sabía! -, se dolió.

- ¡Rosario! Él estaba de acuerdo en que yo te enamorara, no veo por qué no debía saberlo -, le recordé.

- También supo lo de los orines -, le confesé después, pensando que si ya le había confesado lo primero, mejor que saliera todo.

- ¡Maldito, desgraciado, desvergonzado! -, me gritó y le tapé la boca para que no despertara a nadie. - ¡Solo faltó que le dijeras que vos estabas allí

cuando yo los guardaba! -, siguió diciendo.

- ¡Por la gran puta...que habrá pensado mi papá de mí! -, dijo casi llorando, dolida y a la vez enfurecida. - ¡Ojalá nos hubiéramos casado pero para matarte desgraciado, rejodido estúpido! -, me dijo.

- ¡Por Dios qué vergüenza! -, dijo. - Esto sí que no te lo perdono -, sentenció gravemente señalándome con su índice y se volvió bruscamente de espaldas poniendo la almohada sobre su cabeza.

Yo había inventado una clave en la que cada número correspondía a una letra del alfabeto en el orden correlativo y se la había enseñado a usar a Rosario y ni por esas lograba convencerla. Lo de los orines surgió en una clase con mi profesor de química el Dr. Alejandro Hernández, cuando nos habló de la propiedades de la urea líquida. De pasada nos dijo que con el tiempo se secaba pero que su rastro era capaz de resurgir ante diferentes tinciones.

- ¿Cómo cuáles -, pregunté inmediatamente interesado.

- El carbón vegetal es uno de ellos -, nos dijo y esa misma noche recogí mis orines y con ellos le escribí una carta a Rosario, dejé que se secara toda la noche y a la mañana siguiente quemé un papel, restregué las cenizas contra la hoja y ¡oh sorpresa!, el texto nítido apareció en la blanca hoja como arte de magia. Me costó bastante tiempo convencer a Rosario para que usara esta nueva técnica para mantener en secreto lo que yo estaba seguro era nuestro romance.

Una noche Don Simeón llegó a visitar a mi papá y cuando estábamos a la mesa, me pidió que escribiera unas cifras a lo que accedí diligentemente. Cuando terminé, sacó los papelitos que le daba a Rosario en el instituto, se los mostró y preguntó a mi papá,

- ¿Qué dice usted? ¿Estos números los hizo Andrés o no? -,

- Por supuesto que son los de él -, dijo mi papá y su vez me preguntó,

- ¿Qué asunto es este mijo? -, y no tuve más que explicar.

Riéndose me dijeron que era ingenioso pero en ese momento, lamentable y cándidamente mi papá me pidió,

- Andrés enseñále lo de la escritura con orines a Don Simeón -, me dijo y por primera vez le vi la cara de perro bulldog congestionado.

- ¿También se lo enseñó a Rosario? -, preguntó rasposo, lleno de vinagres

y de contenida rabia.

- Si, así nos escribimos -, contesté en voz baja,

- ¿Y ella dónde escribe las cartas? -, dijo en un resoplado bramido y ya francamente descompuesto.

Mi papá intervino, - ¿Has hecho algo indebido con la niña? -, me gritó secundando la cólera de Don Simeón.

- ¡Nooo! -, grité, - Ella las lleva escritas por la mañana -, me defendí.

- Don Simeón, usted puede confiar en la palabra de mi hijo -, le dije con seriedad mi papá y después a mí, - Salí de aquí - y supe que estaba verdaderamente enojado.

Pero no pasó mucho tiempo antes de escuchar sus divertidas risotadas y cuando me llamaron, Don Simeón me dijo que me asegurara que nunca nadie lo supiera para que el secreto siempre fuera un secreto y se lo prometí.

Pero ahora me desesperaba que no amaneciera. Quería llegar cuanto antes a Estelí para llamar de nuevo a Guatemala porque estaba seguro que en los números había un mensaje de Don Simeón. Me levanté a las cinco de la mañana y le pedí a Rosario que se levantara para regresar de inmediato, cosa que hizo sin hablarme. Al tomar café y despedirnos sin desayunar, era francamente evidente que habíamos peleado. Ante el fruncimiento de cejas de mis primas,

- Así le pasa cuando se le junta su período con una resaca -, les dije. Todos comprendieron, salimos a las seis de la mañana y empezamos a subir el camino de regreso.

- Solo quise ser sincero -, me justifiqué ante su silencio. Y ella nada.

- No era necesario que te contara pero me siento bien por haberlo hecho -, le dije. Y ella, nada.

Hasta que alcanzamos de nuevo la planicie de La Laguna, ella habló.

- Eso fue estúpido y dañino para mí -, me dijo al rato, entre dientes y ríspidamente contenida, - Fue como violar una privacidad, como ponerme en evidencia más que pública, ¡Ante mi propio padre!, ¡A la gran puta, idiota! ¿Cómo no te ibas a dar cuenta de eso? -, seguía desahogándose,

- Conociendo a mi papá solo pienso que ha de haberme imaginado con el calzón abajo y a vos con vaso en la mano bajo el chorro recogiendo mis

orines -, bufó y eso fue demasiado.

Estallé en carcajadas y tuve que detener el carro.

No podía parar de reírme imaginando la figura que ella había dibujado en el aire, miré su cara y en ella había una furia que atizaba más mi risa y decidí salir porque no me podía contener. Cuando ella salió del carro creí que me iba a agredir y corrí bajo los árboles, tropecé, caí al lodoso suelo y cuando ella cayó sobre mí, también estaba riendo a carcajadas de su imaginada y exagerada figuración. Y allí en suelo, sucios de barro y cubiertos de pequeños helechos que se nos adherían, por fin nos besamos plenamente y de verdad. Nos levantamos sucios, mojados y conteniendo la risa que pugnaba por escaparse y que aún nos sacudía por dentro y no nos dijimos nada más hasta que regresamos a Estelí.

- Mantenés fresca tu locura juvenil -, me dijo con los ojos brillantes al despedirme.

- Y vos tu loca imaginación -, le dije riendo y la dejé sobre la acera de su casa.

Pedí que escanearan la hoja de papel y que me lo enviaran a mi portátil desde Guatemala y de allí copié: **4521´10´15-45-´119-5´183´17´19´15/´161´171-´199/´1851´14-´18´15´191´189´15.** "Debajo de mi escritorio, para ti. Casáte con Rosario, sean felices."

- ¡Putá! - me dije, - Rosario, tenía razón. ¡Sí que quería manejar nuestras vidas! -, pero después pensé, - ¿Y en ese entonces, no era eso lo que todos queríamos, pues? -, ¡Ah mi querido viejo Don Simeón, no se perdía, siempre sabía para donde quedaba el norte!

Me di cuenta que para levantar el piso en la casa ya debía contarle todo a Rosario y decidí hacerlo de inmediato. En el camino a su casa encontré a Mario, un mutuo compañero de estudios y me detuve, me invitó a un café y acepté. Y en vez de poner plena atención a la conversación, otra vez volví a vivir un momento dentro de otro, hablando con él y a la vez pensando otra cosa. ¿Y el Orlando?, ¿Y el secuestro? Y aquí tomó realidad el carro negro y se estuvo seguro que este Orlando sabía de la existencia del dinero del préstamo y que seguramente buscaba el dinero, las escrituras para robarle la finca a Don Simeón o para chantajearlo. Ya no podía seguir más aquí.

- Te buscaré antes de irme Mario, debo hacer algo urgente -, le dije y me despedí sólo para meterme en otra cafetería para estar solo. Me di cuenta que si era cierto lo que pensaba, podría poner en peligro a Rosario y

celebré haberme abstenido de contarle. ¿Y ahora qué hacer?

- ¿Qué vas a cocinar para el almuerzo? -, le pregunté a Rosario por teléfono y me dijo,

- ¿Quieres que te haga vigorón? Jamás vas a comerlo en Guatemala -,

- ¿Llevo vino? -, pregunté.

- No va con esto -, me dijo para agregar después, - Pero no importa traélo -.

- ¿En que trabaja tu ex? -, le pregunté cuándo almorzábamos.

- Creo que en los servicios de migración -, me dijo y allí supe por qué él sabía de mi teléfono y de mi llegada pero ¿Por qué avisarle a Rosario? No sabía qué hacer o decir y sólo se me ocurrió pedirle que me abriera la oficina de Don Simeón. Sentado en su escritorio di golpes al piso y me di cuenta de la sólida losa con la estaba construido y lo comenté con ella.

- Es piso de cemento fundido en una parrilla de hierro -, me dijo.- ¿Te acordás que aquí había una bodega de materiales de construcción -, me preguntó.

- ¿Que qué? -, le pregunté sorprendido, - ¿Este no es el terreno de la casa donde yo venía? -,

- No -, me dijo, - Nuestra casa fue incendiada por una bomba de gasolina que la guardia de Somoza lanzó desde una avioneta durante la revolución, la mitad de la manzana desapareció en el incendio. Nuestra casa estaba en el terreno de la siguiente esquina -, me aclaró.

Y con esto, otra vez las cosas dieron un nuevo vuelco. Me quedé pensando mientras tragaba la exótica y nada convencional mezcla de yuca cocida y chicharrones con un delicioso merlot.

- ¿En qué pensás? -, me preguntó Rosario.

- La verdad que en nada definido -, le dije.

- ¿Por qué no me enamoras? -, me preguntó con ánimo de bromas y le contesté que no.

- ¿Por qué no? -, se sorprendió.

- Porque no puedo -, le dije. Ella se asustó y me quedo viendo con las



cejas arqueadas.

- Es porque cada vez que te veo, me imagino corriendo detrás de vos con un vaso en la mano y eso no se lleva bien con enamorarse, igual que este almuerzo con este vino -, le dije.

- No, pará eso, ya no más, ya pasó, ya fue suficiente -, me dijo riéndose.

- ¿Me llevás donde estaba la casa? -, le pedí. Empezamos a recorrer el terreno sembrado de matorrales y basura y a cada paso le preguntaba a qué lugar correspondía y cuando estuvimos donde estuvo el escritorio de su papá, sin que ella lo notara lo dejé marcado con una bolsa de basura de plástico rojo y fijé en mi mente el matorral que había a un lado del sitio. Mis más funestos augurios se me presentaron cuando salíamos a la calle porque el auto negro con vidrios ahumados pasó veloz cerca de nosotros. No había duda que lo habían hecho para amedrentarme y para hacerme saber que me vigilaban.

Durante dos días estuve llegando a casa de Rosario a diferentes horas y siempre había gente por los alrededores. Con la intención que alguien se descubriera, daba vueltas en las dos manzanas aledañas o me quedaba sobre la acera de la casa tomando fotos de manera ostensible a todo lo que se moviera, pero eso no dio ningún resultado visible. Fui a una ferretería y compré una barreta de hierro y un maletín de fuerte material de lona en donde la guardé con una chaqueta de tela gruesa. Al tercer día llegué muy temprano y me arriesgué a ir rápidamente a depositarlo al terreno baldío en el lugar donde estuvo el escritorio de Don Simeón, cubriéndolo con basura.

Hablé con Mario y le pedí que me acompañara a casa de Rosario para cenar, tomar un par de copas y para que platicáramos, a la vez que avisé a Rosario que lo había invitado y no hubo oposición de ninguno. A las seis y media fui a buscar a Mario, pasamos por un supermercado y compramos algo que llevar. En camino a casa de Rosario le pedí que me hiciera un favor especial, que cuando terminara la reunión se llevara mi carro y que lo llamaría por la mañana para que me lo regresara. Mario achinó más sus rasgados ojos, me quedó viendo con un celestino gesto de cómplice entendimiento y se sonrió.

- No se te quita lo seductor ¿verdad? Con todo gusto -, agregó.

La plática se desarrolló tan alegre y placentera que con susto me di cuenta que ya llegábamos a las once de la noche. Al salir de la casa, puse sobre la cabeza Mario el sombrero que había estado usando para el sol y le colgué la bolsa vacía donde siempre llevo mi pequeña laptop y le hice un guiño de ojos. Mario salió, encendió el carro y arrancó. Empujé hacia adentro a Rosario y me quedé con la puerta entrecerrada, le hice señas que callara y al minuto vi que un carro seguía al mío, rayando con sus

faros la oscura tranquilidad de la noche.

- Si alguien viene a tocar, no abrás la puerta a nadie, mañana te cuento un asunto que está pasando -, le dije.

- No te preocupés hoy no estoy sola, Sebastián el mandador de la finca está durmiendo aquí con su mujer -, me dijo. Sin aviso previo, la tomé por la nuca, la atraje y le di un rápido y fuerte beso en la boca para la buena suerte y salí a la oscuridad de la calle.

Llegue rápido al sitio en el terreno y me acosté bajo el matorral. Sabía que si se daban cuenta que no me había ido en el carro, los que me espiaban pronto estarían de regreso, por lo que decidí empezar a escarbar de inmediato. La floja mezcla bajo los ladrillos rotos del piso me facilitó levantarlos y después había tierra suelta que decidí sacar poco a poco con las manos. Trabajar acostado me causaba calambres por lo que tenía que descansar cada poco tiempo. Oí pasos en la calle y me detuve.

- ¿Nos has visto nada? -, dijo alguien.

- No, desde que se fue no ha venido nadie -, dijo otro.

- El jefe dice que más que la casa, es este solar el que hay que vigilar -, agregó.

- Van a venir por mí, pero vos no descuidés la vigilancia -, dijo el que primero había hablado.

Cinco minutos después apareció el carro y desde él alguien informó refiriéndose a mí,

- Ese jodido ha de estar emborrachándose en la casa de Mario Martínez, veníte le ordenó -.

Ahora sabía que había quedado alguien al acecho y me dispuse a trabajar más despacio para hacer el menor ruido posible. Seis pulgadas abajo tropecé con una losa de cemento. Cuando logré rodearla con mis manos, me di cuenta que servía de tapadera a una caja del mismo material. Los dedos me ardían porque con las uñas desprendía y deshacía los terrones la tierra. Tocando sobre el terreno encontré un alambre o un clavo viejo y eso me facilitó la tarea. Cuando logré meter en el intersticio la parte doblada de la barreta, la tapa cedió y al quitarla, el agujero volvió a llenarse con la tierra suelta que había puesto a un lado. A cada momento me parecía oír que alguien se acercaba y entonces me detenía. Al fin pude tocar un envoltorio en un saco de fibras plásticas que se deshicieron cuando jalé de él. Una cajuela de metal del tamaño de un sobre mediano como algunas cuatro pulgadas de alto, quedó en mis manos cuando las fibras la liberaron. La saqué y busqué dentro de la tierra suelta y no había

nada más. La metí dentro de la chaqueta, subí la cremallera y cuando quise levantarme no pude. El agudo dolor de un calambre me lo impidió. Empecé a hacerme masajes para relajar los músculos de mis pantorrillas, dominando el dolor que sentía.

El carro volvió y cuando frenó, – ¡Julián! –, llamaron y otra voz contestó, – Aquí estoy –.

Tapado con las ramas del arbusto que me protegían, pude ver que el hombre había estado vigilando desde la esquina donde terminaba el terreno sobre la calle, a unos veinticinco metros de donde yo estaba.

– O el hijueputa nos engañó o se quedó borracho adentro de la casa, porque el Mario salió en su carro y está en el restaurante La Carreta, él solo con una mujer –, le dijo al llamado Julián.

– Aquí no se ha movido nada –, dijo éste. – O a lo mejor se quedó con la mujer allí adentro –, volvió a decir señalando la casa de Rosario.

- Revisemos otra vez, no vaya a ser –, dijo el que había hablado primero y yo sentí otro calambre pero ahora en el corazón. El del carro fue a la esquina y caminaba sobre la acera alumbrando al terreno y al lado opuesto, el otro lo hacía caminando desde la esquina donde vigilaba. Yo metí mi cabeza y parte del tronco dentro del hoyo excavado hasta donde pude y dejé de respirar. Si en algún momento los haces de sus linternas hubieran coincidido sobre el matorral que me protegía, de seguro me habrían descubierto.

– Desde que vine, revisar fue lo primero que hice –, justificó el Julián y después de esto regresaron a la calle.

En los años previos a la revolución, dormía yo en mi casa en Managua y fui despertado por los gritos, carreras y los balazos que un grupo que huía disparaba, mientras gritaban - ¡Allí vienen las bestias! -, refiriéndose a la soldadesca de la Guardia Nacional y momentos después, éstos fueron copados. Uno quiso huir por el jardín de mi casa y allí fue derribado de un culatazo, cayó al suelo mientras el guardia quebraba su cuerpo a culatazos, posiblemente a la distancia del grosor de la pared donde estaba acostado en mi cama. Como en una irreal y terrorífica pesadilla, nítidamente oía los sordos pujidos de dolor del masacrado, el ruido de sus huesos al romperse y los pujidos que el soldado soltaba a cada golpe. Se seguían oyendo las carreras sobre las aceras y en casa solamente estaba mi anciana madre y mi padre parapléjico. Me aterrorizó pensar en lo que ocurriría si decidían entrar y me ocurrió algo terrible como lo que me pasaba en este momento. El miedo me produjo un pesado sueño y tuve miedo de dejarme vencer por ese aplastante e irresistible sueño porque creía que la consecuencia sería no poder despertar. Creí que quedaría

cataléptico y eso me aterrizaba todavía más.

Pero esta vez no pude resistirme porque al miedo se sumaba al cansancio y los calambres y no pude evitar derrumbarme dentro de ese viscoso y atrapante sueño.

Un arrastrón de neumáticos del carro sobre los adoquines, me despertó.

- Veníte -, dijeron desde el carro al llamado Julián, - Ya son las cuatro, José te va a sustituir a las seis -, le dijo y ambos se fueron.

El dolor de los calambres se había reducido, pero me sentía tan amodorrado como después de una buena resaca y con un fuerte dolor de cabeza. Logré levantarme y tambaleando caminé hacia el norte. Varias cuadras adelante mi caminar era más seguro y logré detener un taxi.

- ¿Me podés conseguir un hotel en donde pueda dormir? -, le pregunté al taxista.

- Ya se dio cuenta que la noche se le terminó, jefe? -, me dijo y agregó, - Se la dio buena, verdad? Y hasta parece que le dieron una buena verguiada -, me dijo después de decirme adonde me llevaría. - Si -, afirmó él solo - Si llega así a su casa de seguro que le van a dar otra peor -, dijo.

Me dejó en un pequeño y pobre hotelito en la salida sur a la orilla de la carretera y el teléfono me despertó a las tres de la tarde. - Si alguien me hubiera llamado mientras estaba en el terreno ahora sería un hombre muerto - me dijo un nuevo ramalazo de miedo. Cuando lo saqué para contestar, estaba negro de tierra y hasta allí recordé que lo había usado de linterna. Estaba bañado en sudor porque me había acostado sin bajarme la cremallera de la gruesa chaqueta con la caja aún bajo ella. Con la tierra adherida parecía minero de una mina de carbón.

- ¡Por Dios mi amor! Estoy asustada que te ha pasado? Te he llamado desde que amaneció y no me has contestado, ¿Estás bien? -, me preguntaba la preocupada Rosario.

- Te sugiero que le digás a Sebastián que se quede contigo unos días más -, le pedí. - Es solamente por prudencia, no hay nada grave -, le dije intentando tranquilizarla.

Dejé tirada la sucia chaqueta y el pantalón de lona que me había puesto encima de otro, sobre la cama en el hotelito y cuando llegué al hostel tomé aspirinas y volví a quedarme dormido. Desperté a las ocho de la noche y la dueña me dijo que me había llamado Don Mario. Lo llamé y le pedí que me llevara el carro a las ocho de la mañana y le pedí que

desayunáramos juntos.

La cajita estaba herrumbrada y tuve que raspar fuerte para abrirla. Había un paquete envuelto en papel encerado y cuando lo abrí, conté Quinientos Mil dólares americanos de hacía treinta años. En un sobre también envuelto en papel encerado, estaba una nota manuscrita y tres fotografías. En una de ellas aparecía Don Simeón con su esposa y sus tres hijas, en la otra, una foto en donde yo bailaba con Rosario en su fiesta de dieciséis años y en la tercera estaba él con mi papá en el aserradero. "Andrés, le hice mierda la vida a mi Rosario, estoy seguro que la querés y tal vez vos podás recompensar algo de ese daño del que tarde me di cuenta. Yo solo la quise y la quise más que a mis otras hijas porque a pesar de todo, ella siempre me respetó y cumplió lo que le pedía. Seguí siendo el excelente hijo de tu padre. Nunca me olvidés, ni al cuadro verde bajo la penumbra de la catedral.", decía la nota.

Durante el desayuno Mario me confirmó que había sucursal en Estelí del banco corresponsal del mío en Guatemala y que allí tenía un conocido. Tomé Dos Mil dólares y ante mi sorpresa, el cajero no puso reticencias para cambiarlos. Pedí al amigo de Mario que me llevara con el gerente de la sucursal y le dije que tenía Noventa y cinco Mil dólares para transferir a mi cuenta de mi banco en Guatemala. Me dijo que primero debía abrir cuenta con ellos y que desde esa cuenta podía acreditarlos a la mía. Mientras preparaban los papeles fui con Mario al hostel, llevé el dinero y hasta el mediodía que la transferencia estuvo consumada, salí del banco con una nueva chequera. Todo era mío según Don Simeón, pero lo que tomé, lo consideré adecuado pago por mi trabajo.

A la noche Rosario quería invitarme al mejor restaurante de Estelí pero le dije que no, que mejor compráramos víveres porque quería cocinar para ella. Me prestó un delantal suyo y no le permití hacer nada mientras yo preparaba una salsa para pasta y tomábamos vino. Rosario estaba alegre y exuberante, bromeaba asumiendo el papel de macho abusivo y cada vez que pasaba cerca de ella me pellizcaba las nalgas, me silbaba como lustrador del parque o me toqueteaba riéndose y hasta que se calmó pude empezar a contarle lo que había pasado, dejando lo del dinero para la hora de cenar.

- Al final fue muy positivo que tu papa supiera nuestra clave -, empecé.

- Estás volviendo a lo mismo -, me advirtió y no le hice caso.

- Te confirmo que Don Simeón sí recibió el dinero del préstamo -, le confirmé. - Pero lo malo es que de algún modo, otra persona también lo supo y quería robárselo pero voy a retroceder un poco: Tu papá quería sinceramente que nos casáramos y lo comprendo porque quería cuidar a su hija preferida que siempre fuiste vos, pero creo que se equivocó de

novio -.

Cuando quiso hacer un gesto de oposición no se lo permití porque a estas alturas estaba visiblemente confundida.

- ¿Cómo supiste todo eso? -, me preguntaba a cada rato, hasta que le dije que "El cuadro verde bajo la penumbra de la catedral" me lo había dicho y le conté lo que significaba y la petición de Don Simeón.

- Sos un novelero mentiroso -, me dijo dudando de lo que le decía.

- En eso tenés razón, me encanta dar vueltas a lo que puede ser verdad o mentira -, le dije. - En el sobre me dejó una clave en donde me decía dónde estaba el dinero y lo que quería que hiciéramos con él -, y le mostré la foto escaneada de la nota en mi laptop y ella pudo leer los números. Para entonces estaba sentada a la mesa, había apurado rápidamente dos copas de vino y se había quedado pensando obsesivamente. Le conté que yo estaba bajo la vigilancia de la persona que sabía lo del dinero y que por eso le había pedido que tuviera precaución.

- ¿Sabés quién es? -, me preguntó.

- La misma que te dio mi número de teléfono para que me llamaras y para que viniera a localizar el dinero que él no pudo encontrar y quien seguramente está a la espera de mi llegada al aeropuerto para ponerme preso -, le dije. - No imagino como lo supo pero creo que algo de eso buscaba en la caja fuerte de tu papá -, agregué.

- ¡Orlando, ése hijo de puta! -, estalló.

- Así es pero recordá que es el padre de tus hijas, dejálas en paz por ahora -, le pedí.

- Nó -, grito de pronto, - Ese maldito sabrá quién soy yo -, volvió a gritar, - ¿No te das cuenta que por esto secuestró a mi papá?, ¡Lo pudo haber matado! -, me dijo con furia.

Cuando se tranquilizó un poco le recordé,

- Es aplastantemente probable pero no tenés pruebas, sin ellas nada podés hacer y por otro lado, al hacerlo pondrás en evidencia la verdad de lo ocurrido y eso podría perjudicarte a vos y a tu familia -.

- ¿Y cómo voy a permitir que mis hijas estén cerca de ese maldito delincuente? -, me preguntó.

- Dejá que las cosas se tranquilicen y ya tendrás la oportunidad adecuada de hacérselos saber -, le dije.

Me había acercado a la silla donde estaba sentada y la mantenía abrazada desde su espalda y en mis brazos sentía las fuertes respiraciones que levantaban y bajaban su agitado pecho.

- Mejor pongamos la mesa y cenemos -, le dije. Arreglamos la misma pequeña mesa de la cocina en la que estaba sentada y al sentarme, sus rodillas se tocaban con la mías.

- ¿Entonces, mi papá es un delincuente ladrón que se robó ese dinero del banco? -, me preguntó razonando.

- Delincuente forzado -, corregí, - ¿Te das cuenta qué le hubiera ocurrido a todos ustedes si lo hubiera ido a contar a las autoridades, con toda la locura desatada después de la revolución? -, pregunté a mi vez. - Aparentemente sólo Orlando lo sabe y ya vez lo que ha intentado hacer -, le advertí.

Quedó callada por un largo rato mientras acomodaba todo lo que le había dicho y para despertarla acaricié sus piernas bajo la mesa.

- Tu padre era tosco y duro pero era un hombre que pensaba. No era ningún pendejo y a su modo cuidaba de ustedes -, le dije conciliador.

- ¿Por qué vos lo querías y lograste entenderte con él? -, me preguntó extrañada.

- Cariño, porque era igual a mi padre. Mi papá era más extrovertido que el tuyo pero en las cosas puntuales era espantosamente irreductible -, le dije, - Después de muchos años de vivir juntos obligado por la circunstancia de su enfermedad, me costó darme cuenta que al final, solo era una gelatina ante el amor y el afecto -, le conté.

- Tu padre sólo sabía amar a su manera, no a la que vos querías -, concluí.

Sus ojos se cuajaron de lágrimas. No sollozó ni emitió ruido alguno mientras sus lágrimas manaban en silencio y mirándome sin parpadear desde esa imagen de dolor. Me acerqué la levanté y la mantuve abrazada por un largo rato.

- Me duele haber herido a mi papá con mi odio -, dijo cuando pudo hablar.

- Es lo más normal y frecuente que ocurre -, le dije, - ¿Acaso no te pasa con tus hijas? -, le pregunté y su mirada me lo confirmó. Me reí y le dije, -



¿No te has dado cuenta que al igual que tu papá has sido la jefona de esta casa? ¿Acaso no te has visto obligada a establecer un orden con tus hijas para que el hogar funcionara de la mejor manera posible? -, le pregunté.

- ¿Para vos soy igual a mi papá? -, me preguntó.

- ¡Sos mucho peor rejodida! -, le dije y por fin se pudo reír.

- Y ahora esperáme -, le dije. Fui a traer mi bolsa y puse ante ella el paquete envuelto en el sucio papel encerado. - Esto es lo que te dejó tu padre -, le dije y ella lo empezó a abrir lentamente. La sorpresa que manifestó fue solamente un expandir sus ojos. - Igual que su padre -, pensé.

Al rato preguntó, - ¿Cuánto hay aquí? -,

- Cuatrocientos mil dólares -, le dije.

- ¿Vas a cumplir la promesa que le hiciste a mi papá? -, me preguntó,

- No prometí nada, esa sólo fue su petición -, le dije.

- ¿Pero vas a cumplirlo? -, repitió.

- No sé si se puede vivir con una vieja gruñona, autoritaria, mandona y además ricachona -, le dije y agregué, - Y vos no sabés si podés hacerlo con un viejo terco, tozudo, novelero, mentiroso y refunfuñón -, le dije y nos reímos.

- Pero ¿Intentarás darte cuenta si es posible? -, me pidió, le sonreí y levanté dubitativamente mis hombros.

- Hace poco alguien me dijo que Dios siempre arregla las cosas -, le dije.

- ¿Vos religioso? -, preguntó con asombro.

- Es siempre placentero saber que existe algo o alguien capaz de enderezar nuestras estupideces. Eso da alguna seguridad para vivir, ¿O no? -, le pregunté.

Después calculando al tacto, tomó la mitad del montón de billetes y me dijo, - Esto es tuyo, te lo has ganado -, me dijo.

- Pero la condición era que me casara contigo y eso no lo estoy cumpliendo -, le dije y se los regresé.

- Tenés bastante trabajo que hacer y esto te puede ayudar -, le dije. - Debés rescatar el afecto de tus hermanas y buscar la manera de hacerles



saber a tus hijas, que el ogro es capaz de amar de verdad y sin condiciones -, le pedí.

- ¿Entonces me dejás que te pague tus vacaciones? -, me preguntó riendo, a la vez que tomaba diez mil dólares y me los ponía en la bolsa de mi camisa.

Esa noche nos quedamos juntos y allí sentí una nostalgia casi dolorosa por el pasado, que aunque lo quisiéramos de vuelta, nunca regresa igual que cuando fue vivido.

- Nunca he podido fijarme en ningún lugar -, le susurré al oído, - Solo he podido vivir conmigo dentro de mi cabeza -, le dije y me asustó que eso me saliera desde tan adentro. Había sido algo tan rasposamente sincero, que lastimó. Nunca lo había dicho.

- No me importaría compartirte con ella no con otra -, me dijo y me besó profundamente.

Cuando nos despedimos por la mañana me dijo, - Te dije que mantenías fresca tu locura juvenil pero la verdad es que sos un loco senil, fijado y creo que también bastante pendejo -.

- Y vos mantenéte así de señorona gruñona y mandona porque eso va muy bien con tus canas y porque además te convierte en una preciosa y apetecible mujer madura -, le dije.

Y ahora nadie pidió ni prometió nada.

Salí para Managua y en el aeropuerto, en el renta autos cambié de carro y fui a cambiar mi fecha de salida. Por quince días más vagabundeeé por toda Nicaragua y cada vez que me acercaba a Managua cambiaba de autos y la fecha de salida con la intención de confundir a mi invisible enemigo. No dejaba de tener miedo por lo que podría ocurrirme al salir hasta que un día decidí superarlo. Llegué solamente con mi bolsa de mano donde llevaba mi computadora, pagué de nuevo por el cambio de fechas y tuve que esperar hasta saber si había cupo en el siguiente vuelo para Guatemala. Pasé por todos los sitios de control y respiré descansado cuando me senté en la sala de espera, pero solo fue por un corto rato.

- Al pasajero Andrés Ortiz se le necesita en migración -, dijeron y al instante me invadió un sudor frío. Lo que más temía estaba ocurriendo. Llegué a migración y me llevaron a un pequeño cuarto en donde estaba un adusto agente migratorio.

- ¿Por qué entró con pasaporte y ahora sale con identificación personal? -,

me preguntó.

- Porque lo perdí -, le contesté.

- ¿Cuándo ocurrió eso? -, preguntó.

- Me acabo de enterar, cuando lo busqué en la línea aérea para comprar mi pasaje -, le dije.

- ¿Ya lo denunció a la policía? -, preguntó de nuevo, - No puede salir si no lo hace -, dijo.

Cuando le dije que no, me dijo que fuera a un delegación allí mismo en el aeropuerto, que le llevara la declaración y que me apurara para que no perdiera el vuelo. Lo último lo creí una burla cruel y supe que el Orlando me estaba atrapando desde algún lugar desde el que seguramente me estaba observando.

Cuando llegué con la nota de la policía, - Apúrese, la última llamada para su vuelo ya fue hecha -, me dijo y casi en shock atravesé todo el aeropuerto hasta llegar a mi salida, en donde una empleada me apresuró para que abordara. Aún sentado en mi asiento creía que en cualquier momento alguien entraría a sacarme y pude respirar cuando el avión alzó vuelo. Le pedí un trago a una aeromoza quien me advirtió que no eran gratis y entonces le pedí tres. - Un frente de viento fuerte nos llega desde el pacífico por lo que nos desviaremos hacia el norte y desde Honduras enfilaremos hacia la República de Guatemala -, avisó el capitán por los parlantes.

Al pasar sobre un pueblo, por su iglesia con sus dos cipreses y el tosco y nada estético sombrerón rojo de la glorieta del parque central, supe que era Estelí y pensé en todos esos viejos previsores de antes y en Don Simeón que se había anticipado a lo que ocurriría y que había actuado en función de eso.

Eso me hizo pensar que seguramente habrían otros buzones llenos de dinero en varios lugares del Estelí que observaba desde arriba, que otros viejos como él habrían ocultado y no dejé de pensar que tal vez mi papá le había recibido la maletas de billetes que antes le había rechazado a Don Simeón y que seguramente ahora estaría enterrada en algún lugar del viejo aserradero que ya no podía vislumbrar desde el aire.

- Pero eso será para otras vacaciones -, me dije sonriendo bobaliconamente y ya bastante borracho.

**Álvaro Amaya G. Guatemala, C.A. Subido a [www.mwgustaescribir](http://www.mwgustaescribir.com)  
el 20 de Noviembre de 2017. Foto:Pixabay**